

CATHLEEN MEDWICK

# TERESA DE JESÚS

UNA MUJER EXTRAORDINARIA

«El mejor libro que he leído sobre santa Teresa. Incluso a ella le hubiese gustado leerlo.» —FRANK MCCOURT, autor de *Las cenizas de Ángela*

*para VOZ naci*



MAEVA

STJ  
500

V CENTENARIO  
DEL NACIMIENTO  
DE SANTA TERESA  
DE JESÚS.

## ÍNDICE

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Introducción](#)

[Prólogo](#)

[Primeras opiniones](#)

[Capítulo 1](#)

[Expediciones](#)

[Capítulo 2](#)

[Peligros](#)

[Capítulo 3](#)

[Descubrimientos](#)

[Capítulo 4](#)

[El oro](#)

[Capítulo 5](#)

[Una mirada al infierno](#)

[Capítulo 6](#)

[La conquista de toledo](#)

[Capítulo 7](#)

[El paraíso](#)

[Capítulo 8](#)

[Cultivando almas](#)

[Capítulo 9](#)

[Estrategias](#)

[Capítulo 10](#)

[Alarmas y diversiones](#)

[Capítulo 11](#)

[El terror](#)

[Capítulo 12](#)

[El otro lado del río](#)

[Capítulo 13](#)

[Santos batidos en duelo](#)

[Capítulo 14](#)

[Una otoñal rebelión](#)

[Capítulo 15](#)

[El cuento del sacerdote](#)

[Capítulo 16](#)

[Una temporada en sevilla](#)

[Capítulo 17](#)

[Entrando](#)

[Capítulo 18](#)

[El príncipe en la torre](#)

[Capítulo 19](#)

[Campañas y conspiraciones](#)

[Epílogo](#)

[El manejo de la espada](#)

[Notas](#)

[Bibliografía](#)

[Agradecimientos](#)

[Índice onomástico](#)

[Créditos](#)

*A Jeff, Lucy y Peter, y en memoria de mi padre y mi madre*

# Introducción

**E**n la capilla Cornaro de la iglesia de Santa Maria della Vittoria en Roma hay una obra de arte característica del Barroco<sup>1</sup>. Dentro de un nicho en el altar, sobre una imponente nube de mármol blanco, se halla la figura de una monja que parece desmayada o a punto de perder el conocimiento. Tiene los ojos cerrados y la boca semiabierta de dolor o de éxtasis. El cuerpo, inmóvil. Cerca de ella hay un ángel de serena sonrisa que, con una mano, levanta suavemente los ropajes de la monja y con la otra apunta con un arco y una flecha a su corazón. Los marmóreos caballeros<sup>2</sup> sentados en los reclinatorios a ambos lados del altar parecen conversar sobre este retablo divino mientras, iluminados por detrás por dorados rayos celestiales, la monja y su compañero están transfigurados y silenciosos. El espectador también queda transfigurado: es el efecto deseado por Gian Lorenzo Bernini, el escultor famoso por arrancarle profundas emociones a las piedras.

La protagonista de la obra de Bernini es Santa Teresa de Ávila, o Teresa de Jesús, tal como ella se hizo llamar en su vida religiosa, una mística y reformadora española del siglo XVI. La Iglesia Católica denomina transverberación a lo que muestra el grupo escultórico de Bernini; se refiere a la visión recurrente de un ángel que Teresa describió en el *Libro de la vida*:

Víale en las manos un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego; este me parecía meter en el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios.

En muchas ocasiones, Teresa experimentó un éxtasis o arrobamiento<sup>3</sup> que los místicos describen como la irrupción de lo sagrado en la vida cotidiana. A veces caía al suelo y quedaba paralizada y muda durante horas. Otras veces conversaba directamente con Dios, lo que representaba una práctica peligrosa, ya que a menudo la Inquisición la vigilaba de cerca. Sus superiores, temerosas de una intervención diabólica, le hicieron explicar todas las voces y visiones que experimentaba, así como todos los pecados que podían haberlas engendrado; y así fue como llegó a escribir la *Vida*, que es una de las obras de arte menos conocidas del Renacimiento. La Inquisición se apropió del libro, pero ella siguió escribiendo otros, *Camino de perfección*, el *Libro de las fundaciones*, las *Moradas del castillo interior*, así como obras menores y abundante correspondencia. Su mayor obra, en su opinión, fue la reforma de la orden de las Carmelitas, una empresa que requirió toda su capacidad personal y organizativa.

Lo que supuso un problema para sus contemporáneos y para la gente que se cruzó con su leyenda en los siglos posteriores fue su exuberante personalidad: no solo por su misticismo, sino también por el modo en que instituyó las reformas. Convenció a mujeres ricas y piadosas de que le abrieran los corazones y las puertas de sus mansiones; redactó cartas zalameras a hombres poderosos, incluyendo al rey Felipe II; obtuvo permiso para establecer sus conventos en ciudades que ya estaban ahítas de esas instituciones. Viajó por Castilla y hasta por Andalucía en mula y en carre-

tas entoldadas, pasó noches en albergues y bajo las estrellas cuando tendría que haber estado segura entre los muros del convento como era su obligación de monja. Provocó críticas por su gran desparpajo y admiración por su determinación: en lo que a Teresa respecta, todo lo que hacía era para mayor gloria de Dios. Tenía un innato sentido práctico de las finanzas y de las leyes y era una hábil negociadora. A veces, en medio de una reunión, la sobrecogía uno de sus arrebatos, algo que ella encontraba molesto y embarazoso. Le pedía a Dios que no le sucediera. (Él accedió.) Era una mística eminentemente práctica.

En los últimos quince años de su vida viajó casi sin parar fundando centros, pese a sus persistentes problemas de salud y a la creciente oposición de las autoridades cívicas y eclesiásticas. Su dedicación a una vida de oración y abnegación hacía que las monjas y frailes normales parecieran complacientes, algo que no le podían perdonar.

Cuando falleció en 1582, aún en plena actividad, se la veneraba amplia y universalmente como a una santa. Puede considerarse un milagro el hecho de que la Iglesia la santificara oficialmente tras años de debate y de procedimientos de canonización. Sus éxtasis fueron un factor determinante, pero no todos opinaron que eran de inspiración divina. Y su práctica de enseñar a las monjas las técnicas de la oración silenciosa, una forma muy privada de devoción, pareció a muchos una actitud subversiva contra la autoridad eclesial. Acaso lo peor fue que, pese a ser mujer y monja, se movía por el mundo con la autoridad de un hombre. No obstante, argumentaron sus partidarios, siempre fue obediente (a su manera) y favoreció los objetivos de la Reforma Católica al revivir los valores espirituales de su orden. Al final la Iglesia dio la aprobación a su vida y a sus enseñanzas místicas. En 1622 fue canonizada, y en 1970, nombrada Doctora de la Iglesia<sup>4</sup>, la primera mujer que recibía semejante distinción.

Algunas de las personas que conocieron bien a Teresa pudieron haber dudado de su santidad. Sus fallos humanos resultan evidentes en su correspondencia, que está llena de

pasión. Aunque los santos no son ángeles<sup>5</sup>, tal como en una ocasión señaló la poetisa Phyllis McGinley, un observador actual de los santos podría percatarse de que en general las santas a menudo *parecen* angelicales o, al menos, están más allá del reproche. La santidad no es un género neutral<sup>6</sup>. Un varón puede renunciar a los placeres sensuales, como hizo San Agustín después de una juventud disipada, y ser admirado por su autocontrol. Como una flor en el ojal, su pasado pecaminoso ahora solo resalta su santidad. Por otro lado, una mujer caída –una Santa Magdalena– debe lucir su pecado como una mancha escarlata de ignominia. Salvo en el caso de las viudas, las santas son veneradas por su virginidad, su *integritas* de toda la vida. Asimismo son palmariamente humildes, obedientes y penitentes y rechazan las necesidades de la carne. Se dice que Santa Lucía se arrancó los ojos cuando un pretendiente se los admiró y Santa Catalina de Siena se rasuró los hermosos cabellos. Santa Teresa era más moderada, pero se despa-chó con un caballero que admiró su pie bien formado diciéndole: «Échele una buena mirada porque es la última vez que lo verá».

Y, sin embargo, encajaba perfectamente en el molde de la santidad. O, mejor dicho, se necesitaron muchos ajustes y apretujones para que encajara. Su historia es ambigua. Aunque era muy devota, en especial en su juventud, como adolescente mostró inclinación por frivolidades como el baile y la vestimenta. De hecho, causaba tan grande impresión con sus mejores galas que con motivo de su beatificación se despolvó un vestido naranja con bordes de terciopelo negro que había sido de su propiedad para que formara parte de su leyenda. Después de un peligroso devaneo amoroso, fue enviada a un convento donde contrajo una misteriosa enfermedad que la obligó a regresar a su casa. Temiendo por su alma, finalmente se convenció de que debía ser monja. Sus extraordinarias experiencias con la oración, juntamente con la sorprendente recuperación de la grave enfermedad, pronto la convirtieron en una celebridad

local. En la sala del convento durante las horas de visitas, su conversación seria e ingeniosa atraía a las damas de sociedad (y a ciertos hombres) a quienes les gustaba su espiritualidad con estilo.

Aunque trataba de contenerse, su personalidad era arrolladora. Su simpatía, su carácter temperamental, sus ocasionales mezquindades, su sentido del humor, su gusto por la buena comida (hay un tiempo para la penitencia, según ella misma dijo en un famoso comentario, y un tiempo para las perdices), su vinculación emocional con ciertos confesores, todo ello fue pasto para los críticos que lo veían inapropiado en una reformadora en pro de las sandalias de cáñamo, los velos y el silencio en los conventos. Pero a fin de crear oasis de espiritualidad tenía que abrazar el mundo hasta cierto punto. Siempre dijo que su sueño era vivir la reclusión monástica que tanto luchaba por instituir para las demás. Consideraba que la obediencia era la mayor de las virtudes, pero para cumplir las órdenes de Dios a veces tenía que encontrar formas indirectas de obediencia a sus superiores. Sus críticos manifestaron que esto no era más que una tendencia al subterfugio. En cierto sentido, convertirse en santa hizo de ella una mujer honesta.

Muchos de los actuales admiradores de Teresa han sido mujeres, a menudo católicas practicantes o que dejaron de practicar y que ven en ella un modelo para vivir una remozada vida del espíritu o para renovar su fe. También ha tenido sus detractores, por lo general hombres que encuentran poco ortodoxas o claramente eróticas sus experiencias místicas. «Si este es el amor divino –comentó un lacónico francés del siglo <sup>xviii</sup><sup>7</sup> al contemplar el altar de Bernini–, entonces yo lo conozco bien.» Entre los críticos más elocuentes de Teresa está Francisco de Quevedo, que en su ensayo *Su espada por Santiago*<sup>8</sup> tilda a Teresa de demasiado femenina como para compartir el honor de Santa Patrona de España con el guerrero Santiago Matamoros. Agriamente duda incluso de sus milagros, alegando, por ejemplo, que si

de verdad había ayudado a liberar al rey Felipe II del Purgatorio, entonces había cometido un grave error.

En los siglos siguientes su reputación tuvo muchos altibajos, pero en la mayoría de los casos se vio seriamente dañada. Su suerte corrió paralela a la de la misma España, donde fue considerada, al menos por los católicos tradicionales obsesionados por la «pureza» religiosa e incluso racial, como la Santa de la Raza<sup>9</sup>. Los españoles siempre se consideraron un pueblo diferente del resto de Europa, incluso cuando sus gobernantes de la casa de Austria conquistaron gran parte del continente. Este separatismo psíquico tuvo tanto que ver con la geografía (un *cul-de-sac* cultural<sup>10</sup>) como con el peculiar sentido español de un destino nacional trágico y heroico. La Leyenda Negra<sup>11</sup>, la caracterización primero europea y luego norteamericana del carácter español como arrogante, sanguinario y fanáticamente religioso, se basó no solo en las prácticas inquisitoriales, sino también en la opinión que los mismos españoles tenían de sí mismos. La palabra «desesperado»<sup>12</sup>, según señaló Miguel de Unamuno en *El sentido trágico de la vida*, en ese contexto también significa combativo y suicida. Los españoles del siglo XVI, como los de antes y después, eran notablemente orgullosos y apasionados, soñadores que se negaban a deshonorar sus sueños incluso al precio de la muerte. También eran realistas, lo que significa que estaban más dispuestos que otros pueblos a sufrir las consecuencias de sus propios errores. «Nos encontramos –dijo el historiador Américo Castro– delante de una historia que se afirma y se destruye a sí misma en un canto de cisne tras otro.» Esta tendencia al dramatismo irritaba a los europeos más radicales. «¡Esos españoles, esos españoles!»<sup>13</sup>, se dice que señaló Nietzsche en una ocasión, «esos hombres querían ser demasiado».

Al final la tragedia española<sup>14</sup> solo era humana. La muerte era la verdad desnuda de la que nadie, ni siquiera un rey, podía escapar; y así, el español la abrazaba, algunos dirían morbosamente y otros, estoicamente. El palacio de El Es-

corial de Felipe II no tiene nada del brillo de Versalles; es un monumento sobrio y una tumba. «Percibimos aquí<sup>15</sup> – escribió José Ortega y Gasset sobre los grandes y lúgubres muros del palacio– la esencia española, la fuente subterránea que ha burbujeado en la historia del pueblo más anormal de Europa.»

Para una civilización con una mentalidad tan tétrica, los santos eran los héroes definitivos. Habían vivido en el mundo, pero vencido sus tentaciones por medio de la piedad heroica que les había hecho ganar la vida eterna. Habían superado la prueba, derrotado al sistema. Incluso sus restos mortales eran sagrados: un mechón de cabello o una astilla de hueso podían mediar con el más allá y ayudar a que un alma consiguiera la salvación. El rey Felipe II tenía una impresionante colección de reliquias de todas partes del mundo, incluyendo un pelo de la barba de Jesús y la cabeza de San Jerónimo (la regia colección se ufanaba de poseer un total de ciento tres cabezas)<sup>16</sup>. Las reliquias eran santidad encarnada, restos de la guerra del espíritu contra la carne.

Dada esta obsesión por la mortalidad, no es de extrañar que Santa Teresa, una campeona en el campo de batalla espiritual, al enfrentarse con la muerte cada día de su vida, al afrontar los terrores del mundo al tiempo que saboreaba las delicias del cielo, llegara a parecer más española que Santiago, que solo había tenido que combatir a los invasores árabes. Como Santa de la Raza, llegó a ser la representación misma de España, donde la piedad tradicional era asediada por dentro y por fuera. Durante la Guerra Civil de 1936-1939, los fascistas eligieron a Teresa, no a Santiago, como la defensora del reino católico.

La idea de que era una «papista» fanática siempre ha sido moneda corriente en la Europa protestante, en especial en Inglaterra, donde sus ataques místicos son considerados, en el mejor de los casos, de mal gusto. Pero incluso allí tiene sus partidarios, en especial el poeta del siglo XVII Richard Crashaw, cuya barroca interpretación del éxtasis en su ciclo de poemas teresianos aún repele a los lectores pu-

ritanos. El aparente delirio del poeta («Por todo tu cuenco lleno hasta los bordes de fiero deseo, / por todo el reino del beso final / que invadió tu alma en su despedida y la selló») daba (y da) la impresión a los racionales británicos de que se trataba de la inevitable consecuencia de un exceso emocional y de mala fe. En un libro titulado *Mysticism and Catholicism* (1925), Hugh E. M. Stutfield afirma que «los protestantes sanos<sup>17</sup> no creen necesario que para ser religioso se tenga que estar en estado de éxtasis perpetuo». Deploraba de la mística católica «sus lóbregos arrullos celestiales, sus éxtasis inexpresables, las inefables caricias amorosas, los abismos de deleite e iluminación, todo ello descrito en un lenguaje igualmente trillado, barato y de suburbio».

Otros mostraron un profundo desacuerdo con este parecer. George Eliot<sup>18</sup>, que hizo de Teresa el personaje central de su novela *Mediados de marzo*, se lamentaba de que no pudiera florecer una Santa Teresa en la represiva sociedad victoriana. Vita Sackville-West, en una obra poco conocida titulada *The Eagle and the Dove*, pensaba que una poderosa personalidad como la de Teresa podía aparecer en cualquier parte. Esperaba borrar de una vez por todas «el prototipo de mujer histérica<sup>19</sup> y emocional, retorciéndose en un frenesí de mórbida devoción a los pies del Crucifijo» (por el que culpaba parcialmente a Richard Crashaw) y reemplazarlo por la imagen de «la española sana, fuerte, inteligente y llena de sentido de humor», que tenía mucho en común con la mujer independiente de mediados del siglo xx.

En Francia, donde habían arraigado en el siglo xvii las reformas de Teresa gracias a los persistentes esfuerzos de sus partidarios y donde damas beatas como Madame Acarie habían puesto de moda el éxtasis espiritual, los descubrimientos de Jean-Martin de Charcot<sup>20</sup>, director del hospital mental Salpêtrière para mujeres, causaron profunda impresión. Charcot teorizó que las mujeres que manifestaban extremas reacciones religiosas –éxtasis y estigmas, así como

enfermedades físicas— en verdad padecían delirios. La histeria, afirmaba, era una enfermedad que se originaba en el útero y a menudo se manifestaba como una excitación religiosa. En su obra de tres volúmenes *Iconographie photographique de la Salpêtrière*, publicada entre 1876 y 1880, Charcot fotografió a pacientes de histeria en poses reseñadas como «estado extático», «beatitud» y «crucifixión». Su propósito era señalar el momento en que la patología encajaba con el fervor religioso, el momento que, según él, Bernini había inmortalizado en la piedra.

Josef Breuer, el colega de Freud y conocedor de la *charcoterie* parisina, apodó a Teresa «la santa patrona de la histeria»<sup>21</sup>, aunque admitía que se trataba de «una mujer de genio y con una gran capacidad práctica» (*Studies on Hysteria*, 1893-1895). Casi un siglo más tarde, Jacques Lacan, el «Freud francés», señaló rotundamente en su ensayo *God and the Jouissance of The Woman* que «solo se tiene que contemplar la estatua de Bernini para entender de inmediato que se está corriendo; no hay duda al respecto». Fue necesaria la opinión de una moderna teórica feminista<sup>22</sup>, Luce Irigaray, para señalar el absurdo de sacar conclusiones de un trozo de mármol esculpido por un hombre.

Las francesas siempre han admirado la fortaleza de Teresa, aunque también lo han hecho ciertos varones, en especial los *décadents* de fines del xix. «Me asusta esa santa magnífica y terrible»<sup>23</sup>, susurró un personaje llamado Durtal en *En route*, de J. K. Huysmans. «He leído sus obras y, sabes qué, me da una imagen de lirio puro, pero metálico, de hierro forjado...» Cuando el movimiento feminista ganó fuerza a mediados del siglo xx, se oyeron numerosas expresiones a favor de la santa tan vilipendiada. Simone de Beauvoir aplaudió la pura fuerza erótica de la espiritualidad de Teresa. «No es la esclava de sus nervios<sup>24</sup> ni de sus hormonas», anunció De Beauvoir en *El segundo sexo*, y explicó que «se debe admirar [...] la intensidad de una fe que penetraba en las regiones más íntimas de su carne». Lo que había sido el vicio de Teresa se convertía así en su virtud, al

menos en ciertos ambientes.

En la última década, Teresa se ha convertido en un icono feminista a ambos lados del Atlántico no solo porque ha llegado a representar el eslabón perdido entre la sexualidad y la espiritualidad femeninas, sino también por su capacidad para funcionar, aunque sea oblicuamente, dentro de una jerarquía dominada por los hombres. Un estudio de 1990 de Alison Weber de la Universidad de Virginia, *Teresa de Ávila and the Rethoric of Femininity*, describe una estrategia verbal de autodegradación que le permitió a Teresa lograr sus objetivos sin hacer peligrar el statu quo. El libro de Carole Slade, *St. Teresa de Ávila: Author of a Heroic Life* (1995), retrata a la santa como una mujer «con un vivo enfoque de las ridículas contradicciones<sup>25</sup> de la vida cotidiana», quien, por medio de su *Vida*, construye una versión de sí misma aceptable para la Inquisición. Desde este punto de vista, la monja de Ávila parece sorprendentemente moderna, una mujer racional que vive la vida en sus propios términos. Parece familiar y accesible, como lo ha sido en cada siglo y en cada país que la ha mirado con ojo crítico.

Al mismo tiempo sigue siendo una española con opiniones del siglo XVI sobre el mundo y sobre Dios. Cree en fuerzas sobrenaturales que no puede controlar, pero que acaso pueda influenciar. Confía en su propia capacidad, pero solo porque Dios (y no el demonio) se la ha concedido. Es una hija de su iglesia deliberadamente al servicio de aquellos que la reconocen como un alma gemela. Al igual que otros personajes religiosos del pasado remoto, tiene un aura de intangibilidad; sale a la superficie con cada traducción de su obra o con cada nueva biografía, pero luego retrocede una vez más detrás de los muros del convento al que pertenece.

Este libro es un intento de contemplar a la santa mientras ella hace su travesía por el siglo XX. La escritora, de religión judía y no católica, no tiene otra intención que verla tal cual era, un alma en progreso hacia un objetivo muy específico y escurridizo. Como monja española, Teresa solo

tenía una legítima dirección en la vida: el verdadero norte de los santos. Sabía que su pecaminosa naturaleza humana intentaría desviarla de su camino en todo momento y que solo la fe, calibrada con la gracia, la podría volver a encaminar hacia Dios. Este libro intenta seguirla en un viaje que, con todos sus inesperados desvíos, fue al mismo tiempo tan maravilloso y terrible como cualquier viaje oceánico a través de aguas inexploradas.